



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

JUAN DE ÁVILA, MAESTRO DE LA AUTENTICIDAD APOSTÓLICA

JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA
Universidad San Pablo CEU, Madrid
Director del Congreso «Católicos y Vida Pública»

Se ha llegado a decir de nuestro san Juan de Ávila que conocía tan perfectamente la Sagrada Escritura que, si un día se perdiera esta sin que quedara ni rastro, se podría recomponer, de nuevo, acudiendo a los libros, las cartas y los sermones del santo.

Vivimos tiempos de memoria y de recomposición. Un proceso que demanda la mirada obligada a nuestros santos, los únicos que harán posible la forma de la esperanza a la altura de los tiempos. Benedicto XVI acaba de afirmar, camino a nuestra tierra, en ese recordado vuelo papal del día 6 de noviembre de 2010, que «España ha sido siempre un país “originario” de la fe; pensemos que el renacimiento del catolicismo en la época moderna ocurrió sobre todo gracias a España. Figuras como san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Jesús y san Juan de Ávila son figuras que han renovado el catolicismo y conformado la fisonomía del catolicismo moderno». Sus palabras son invitación apremiante a una recomposición de las ansias de autenticidad de la presencia católica en la vida pública y social.

¿Qué hay detrás de las ansias de autenticidad que circulan desafiadamente por nuestro mundo y en nuestro tiempo? ¿Quién, ahora, no presume de querer ser auténtico? Cuando un joven califica a otro destacando sus virtudes humanas, suele decir que es «auténtico». Los alimentos llevan, como su carta de presentación más acreditada, el sello de «autenticidad», una forma de «denominación de origen». Sospechamos de los sucedáneos, de lo artificial. Aunque vivamos en una época en la que hay más preguntas que respuestas, los movi-

mientos del corazón no han dejado de bombear inquietudes. No pocas de las trayectorias hacia los orígenes son itinerarios de autenticidad.

«Cómo vivir sin la gracia, es el problema que domina el siglo XX». Pudiera parecer que esta frase se debe a un autor de espiritualidad, o a un teólogo reputado. Pues no. Esta frase está escrita en el silencio de Dios, en la oscuridad de un alma que hacía que su pluma palpitará de sudor, y de sangre, y de ansiedad por una felicidad buscada, presentida y no encontrada. Fue Albert Camus su autor. Fue Albert Camus quien, como otros muchos, entre otros muchos, añoró la gracia de Dios, la santidad, y se esforzó por una santidad laica transida de autenticidad y de justicia social. «En suma —dijo Tarrou con sencillez—, lo que me interesa es saber cómo se hace uno santo. —Pero usted no cree en Dios, le respondió Rieux. —Justamente. ¿Puede ser uno santo sin Dios?, es el único problema concreto que me interesa actualmente».

Probablemente, el paradigma de la autenticidad haya sustituido al de la verdad. Dicen que ya no buscamos la verdad, nos conformamos con una autenticidad en muchos casos narcotizante. Muestra de ello son las religiones de «supermercado», las siempre viejas y eternamente nuevas eras, las manifestaciones encubiertas del gnosticismo o los redivivos pelagianismos movidos por la voluntad de un super-hombre engañado en una razón capaz de querer «ser como Dios». Y, sin embargo, existe un camino en el que se cruza la verdad con la autenticidad. Y, sin embargo, existen personas fascinadas por la verdad, que viven en la más cierta y certera autenticidad. Solo las personas que han aceptado en su vida la realidad del Misterio son capaces de entender el misterio de la realidad.

Juan de Ávila es maestro de autenticidad y nos enseña que el único problema concreto que interesa es cómo ser santos. No está de más, en estos tiempos de ausencia de maestros en la vida académica, social, incluso eclesial, que sigamos el ejemplo de los clásicos: *Nocturna versate manu, versate diurna* (tenedlos a mano de día y de noche). Día y noche; noche y día, la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), y sus miembros, hemos sentido el deber de acompañarnos por quienes han sido los maestros de la forma católica de entender

la vida y de delinear el catolicismo social español. Describir las constelaciones de santos que han iluminado el patrimonio espiritual de la vida de Ángel Herrera Oria, y de la Asociación Católica de Propagandistas, es más un ejercicio de responsabilidad histórica que una práctica descriptiva académica. Cuando acabamos de pasar el primer Centenario de la ACdP, no sin luces, no sin las heridas que anidan en lo humano, mirar a lo alto significa salir al encuentro de quienes han conformado las constelaciones rectoras de la espiritualidad de nuestra Asociación.

En ese cuadro de honor destaca, junto a san Ignacio de Loyola, a santa Teresa de Jesús, a San Francisco Javier, a san Juan de la Cruz, el Maestro Juan de Ávila. Si Teresa de Jesús calificaría a Juan de Ávila como «columna de la Iglesia», según el decir de Juan Esquerda Bidet, se podría afirmar que Juan de Ávila es «columna de la espiritualidad de la Asociación Católica de Propagandistas». Esa constelación de santos, patronos implícitos de la ACdP, es mucho más que una comunidad de santidad, de afecto cultural, de profundidad espiritual; son pedagogos de la gracia, de la síntesis entre las virtudes humanas y de las virtudes cristianas.

La ACdP estaba diseñada desde las esencias de una forma católica e hispana de entender la existencia, de adentrarnos en los misterios de la fe y en el bregar de la historia. Esa constelación de santos nos ha ayudado a esculpir la recia espiritualidad destinada a dar fruto en la vida pública; espiritualidad arraigada en el corazón de Cristo y con el horizonte de la misión de la construcción del Reino de Dios. En la propuesta de temas para los Círculos de Estudio de la ACdP en 1941, Fernando Martín-Sánchez Juliá, bajo el título, pegado a su momento histórico, de «Ideario católico del Imperio español», proponía profundizar en el pensamiento, y en el estilo, de «santa Tera, san Juan de la Cruz, san Ignacio, fray Luis de León, fray Luis de Granada, beato Juan de Ávila».

Son abundantes, cuantitativa y cualitativamente, las referencias que nuestro primer presidente, Ángel Herrera Oria, hiciera de san Juan de Ávila a lo largo de su vida de servicio eclesial. En la carta pastoral publicada el día 12 de enero de 1956, con ocasión de la llegada a Málaga de la reliquia de san Ignacio de Loyola, monseñor

Ángel Herrera Oria se refirió a la solidez de las afirmaciones de Juan de Ávila sobre la paternidad de Dios: «¡Qué robusta la frase de Juan de Ávila hablando de los hijos espirituales! Que el Padre que los engendra —dice— debiera tener dos corazones, uno de hierro y otro de carne. De carne, para engendrar hijos según el amor de Dios. De hierro, para resistir los golpes que recibe cuando los hijos engendrados decaen en la virtud».

San Juan de Ávila fue también patrimonio de una no realizada hermandad sacerdotal, o cuerpo sacerdotal, de la Asociación Católica de Propaganditas. A este cuerpo se refirieron, en no pocas ocasiones, nuestros primeros presidentes. En la conferencia pronunciada en Santander, con motivo de la Asamblea sacerdotal, de 23 de noviembre de 1943, don Ángel dijo: «Seguid las sabias normas de san Francisco de Borja. Seguid las autorizadísimas reglas de san Juan de Ávila, que aconsejó a los predicadores que prescindieran de toda disipación de ministerios menos útiles, en parte del mismo ministerio de la confesión, para reservar tiempo para el estudio y la oración. Estudiad, ante todo, la Escritura. «Si podéis —escribía Juan de Ávila a un predicador—, aprendeos de memoria todo el Nuevo Testamento». Solo con el estudio asiduo de la Escritura y con la meditación constante sobre ella se puede servir, como se debe, encendida, la Palabra de Dios».

En el guión homilético de la «Epifanía de Cuaresma», que forma parte de la magna obra *La Palabra de Cristo*, en la propuesta de un sermón sobre el ministerio episcopal, don Ángel Herrera apuntó: «El Apóstol de Andalucía, verdadero Santo Padre moderno, predicador incansable, tiene documentos magníficos sobre predicación, la formación de predicadores y la organización de las misiones». Escribiendo a don Pedro Guerrero, electo arzobispo de Granada, le dice: «Lo primero, que V.S. se convierta de todo corazón al Señor frecuentando el ejercicio de la oración...; lo segundo, sea ejercicio de predicador, el cual ha de ser muy continuo, como san Pablo dice, *opportune et importune*» (*Carta 177, en Obras completas, I [BAC 2001] 851*).

El Maestro Juan de Ávila, de quien dijo un predicador que oía a san Pablo glosar a san Pablo, nos recordaría hoy que hay unas palabras en el primer capítulo del Evangelio de san Juan que deben ha-

cernos estremecer. Nos cuenta el evangelista que en el Verbo estaba la vida y que esta vida es la luz de los hombres. El evangelista nos hace seguir apasionadamente la trayectoria y la suerte de esa luz y la sitúa como en una mazmorra de tinieblas; y allí nos dice: «et tenebrae eam non comprehenderunt». Pero las tinieblas no la apagaron; en ese encontronazo entre las tinieblas y la luz, la luz se hizo rechazo. La luz, cuando la apagan por fuera, suele hacerse como un río sutil, subterráneo, se hunde inaugurando nuevas y largas veneras entre las entrañas y las simas de la tierra permeable. La luz de nuestros santos, de la autenticidad de Juan de Ávila, de la sabiduría de Juan de Ávila, se hará corriente profunda que un día inundará como memoria, verbo y palabra persuasiva a la Asociación Católica de Propagandistas.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Juan María Fernández". The signature is fluid and cursive, with a large, sweeping flourish that loops back under the main text.